

Me llamo Luis Miguel Sánchez Oviedo y tengo 18 años. Soy amable, buena persona, divertido e inteligente. Soy hijo de padre obrero y madre ama de casa. Estudio Derecho en la Complutense de Madrid, gracias a una beca que me ha concedido el Ministerio de Educación.

Vivo en un piso alquilado con unos compañeros a las afueras de Madrid. El piso es pequeño y tiene tres habitaciones, un baño, una cocina y un salón. Mis compañeros de piso son de Madrid. En el salón tenemos una televisión y un sofá, en el baño hay una ducha, un inodoro y un grifo. En la cocina solo hay un horno, un grifo, una vitrocerámica y una nevera. Hay un pequeño pasillo.

Mi vida es tranquila y apacible. Los fines de semana vuelvo al pueblo donde viven mis padres. El pueblo está en la sierra. En otoño, los fines de semana me escapo con mi padre para ir a buscar niscalos y boletus. Hasta aquí todo normal, pero un día, al levantarme, mi vida iba a dar un cambio radical.

Todo empezó el 8 de diciembre de 2020. Me había levantado temprano, hacia las siete de la mañana, para dar un repaso al texto del examen de hoy. Después, me di una ducha para relajarme y quitarme un poco de estrés. Fue entonces cuando fui a la cocina a desayunar, y encendí la radio como hacía de costumbre.

Cuando puse la radio escuché la noticia: había desaparecido el Derecho a la Educación y todo lo que conllevaba con él. Fui a despertar a mis compañeros para ver si era de verdad. Como ninguno sabíamos nada, pusimos la televisión y era verdad, o al menos eso parecía.

Nos vestimos rápidamente y salimos a la calle. La gente estaba nerviosa e incrédula. Cogimos el autobús para ir a la universidad y todos nuestros

compañeros estaban igual que nosotros. Todos teníamos un montón de preguntas y hasta entonces no habíamos obtenido ninguna respuesta de nadie.

El camino hasta la universidad se nos hizo más largo que de costumbre. Apenas hablaba nadie y todos mirábamos a todos preguntándonos qué iba a pasar a partir de ese momento. Por fin llegamos al campus. Toda la gente estaba alrededor de la puerta de entrada.

Llegamos a la puerta de la universidad; estaba cerrada. En ella había un cartel en el que ponía que si queríamos información nos pasáramos por secretaría. En secretaría nos dijeron que no podíamos volver a clase porque la educación se había hecho privada. Todos los que estudiábamos con una beca del Ministerio no podíamos volver a clase.

Los que teníamos una beca nos reunimos en el parque para ir a buscar explicaciones. Por el camino nos encontramos con un profesor y le preguntamos qué había pasado: ¿Qué está pasando? Le dijimos. Él nos contestó que el gobierno había quitado la educación pública y gratuita.

¿Qué íbamos a hacer ahora?, ¿dónde podíamos dirigirnos para que nos dieran una solución? Todos los que estábamos allí nos hacíamos las mismas preguntas. Entonces a uno de nosotros se le ocurrió que podíamos ir todos juntos a manifestarnos a la sede del gobierno a ver si así nos decían algo o nos daban una solución. Pensé entonces que a lo mejor mis padres ya se habían enterado de la noticia y que estarían muy preocupados, así que decidí llamarlos para contarles lo que íbamos a hacer y ver si ellos me podían dar algún consejo.

Cuando llamé a casa solo estaba mi madre. Ella ya se había enterado y había llamado a mi padre al trabajo para que volviera a casa y venirse los dos para Madrid a darme su apoyo.

Le dije a mi madre que no viniera a Madrid de momento, que yo le iría contando los pasos que fuéramos dando. Fuimos a la sede del gobierno para protestar. Nos recibieron unas cámaras de televisión a las puertas de la sede del gobierno. Nos preguntaron: ¿qué hacéis aquí?, ¿a qué habéis venido?, ¿venís por lo de la desaparición del derecho a una educación pública?

Ante tanto jaleo salió a recibirnos el presidente del gobierno y nos aconsejó que nos fuéramos de allí o se vería obligado a llamar a la policía. Nos fuimos a otro sitio, para decidir qué pasos podíamos seguir. Unos dicen de pedir ayuda a los padres, otros a los profesores y algunos de mirarlo en nuestros libros de Derecho.

Yo no sé qué hacer. Me pasan un montón de ideas por la cabeza. Hasta ayer era un estudiante más de derecho y hoy no tengo nada. De repente, suena el despertador. ¡Todo había sido un mal sueño!